

## MASCARAS Y ROSTRO DE LUIGI PIRANDELLO

POR

OSVALDO LÓPEZ CHUHURRA

*La vida es el reflejo del teatro.*

OSCAR WILDE

Vida y Teatro.

El acontecer de la naturaleza primera. Una segunda naturaleza como acontecimiento creado.

Reflejándose en esos dos espejos de la existencia, la figura de Luigi Pirandello, historia y realidad de hoy. Si todavía pudiera transitar por las calles del mundo—«maravillosa escuela para el escritor» se le oyó decir alguna vez—, con seguridad que seguiría abriendo y cerrando interrogantes en el aire, con el propósito de apresar esa imagen escurridiza que problematizó su vida y aquilató su potencia de creador: el hombre, ser conflictuoso, incógnita de un teorema que permite siempre la próxima demostración, proponiendo infinidad de hipótesis y de tesis aventuradas que no pueden dar en el blanco de la respuesta final y definitiva.

Pirandello—al igual que Miguel Angel, su lejano compatriota en las distancias y en el tiempo—quiere considerar al ser humano como la *voluntad privilegiada* de la Creación. El Florentino amasó los gigantes que lanzó al espacio para que se enfrentaran con todas las fuerzas mayúsculas; el Siciliano—cuatro siglos más tarde—escribe la figura del hombre agigantado en su complejidad, obligándolo a sostener una lucha difícil con su propia imagen y con la de sus semejantes. Miguel Angel pudo haber sido el escultor del Prometeo; Pirandello el escritor de otro Edipo.

Preocupado por el destino de su mundo fantástico, obsesionado por manejar los hilos de las marionetas que lo pueblan, el dramaturgo se olvida de *vivir* la vida, porque le urge *escribir* la vida; y mientras intuye, elabora, da, se entrega y se realiza, va dejando fluir espontáneamente su existencia.

Este es el Pirandello que deseamos recordar, multitud de *máscaras* que miraron más acá y más allá de la epidermis, *rostro* que aspiró a reflejar el sendero esclarecido del conocimiento. Para que rostro y máscaras se identificarán, trató de encontrar al hombre bucean-

do en el interior de su propia conciencia; el descenso en vertical se detendría en el instante en que apareciera el hombre. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba navegando por el océano de los universales.

Maestro del arte, inventó para el teatro una vibración desconocida; energía que mantiene viva toda su producción, con una inalterable posibilidad de presente. Alentados por esta *actualidad sin tiempo*, intentaremos provocar un diálogo con el universo que traduce los enunciados esenciales de su espíritu.

El hombre Pirandello saltó al escenario impulsado por el deseo de colocarse frente a esa dualidad atrayente que lo atormentaba: el hombre y el arte lo estaban esperando para provocarlo. Alcanzaba a distinguirlos a través de la luz engañosa proyectada por las candilejas. Interesado por arrancar las *máscaras* que disimulan la verdadera naturaleza de esa incógnita llamada Hombre, dejó al descubierto el *rostro* imperturbable de aquella inmortal naturaleza denominada Teatro.

Desde el palco escénico se propuso cumplir la aventura de recorrer un abismo. Los pasos del héroe, que provoca la audaz zambullida, sacuden una soledad profunda y oscura. Buscar. Encontrar... La voz del descubrimiento abarcará la dimensión de otro abismo, alargado y penumbroso. Explicar. Comunicar...

¿Encontrarse? ¿Comunicarse? ¿Pirandello?... En la inmensidad de un vacío inundado por las apetencias insatisfechas que arrastra el protagonista de la aventura se reúnen las frases que acuden al llamado. Respuestas, palabras, *sacos vacíos* que se llenan con una verdad sospechosa y discutida.

También nosotros nos acercamos al tablado; allí encontramos a nuestro autor, rodeado por una serie de *fantasmas* que accionan y conversan. Si nos comprometemos a representar el papel del *espectador ideal*—frase con la cual algunos teóricos quieren caracterizar al coro griego—, no resultará difícil vislumbrar nítidamente la fibra íntima del teatro (el dramaturgo la conocía bien, su piel era esa fibra). Y además llegaremos a saber de qué manera penetró en el pensamiento el escritor de Sicilia, para enriquecer los contenidos de ese arte, con su pluma inquieta y descontenta.

Vida y Teatro. Filosofía y Creación.

Luigi Pirandello en su Centenario.

#### EL TEATRO, ESCENARIO DE LA EXPRESIVIDAD

Pirandello abrió de par en par las puertas del teatro, irrumpiendo en sus dominios para rebelarse contra las normas de todo sistema es-

tablecido. El estandarte que eligió llevaba grabada la imagen del hombre, protagonista absoluto de su producción teatral. El le proporcionaría la sustancia que necesitaba para llevar adelante sus propósitos revolucionarios (porque la revolución se definiría en los campos de batalla de la creación); para expresarse, necesitaba apelar al *ser que se expresa*.

Esta es una ley inexorable que se cumple en el teatro. El hombre es vida que acontece; el teatro la atrapa en un momento elegido y la transforma. Le hace cumplir el paso que va de lo natural de la existencia a lo artificial del arte.

Pero el teatro no es definitivamente artificial, ni tampoco se contenta con permanecer en la esfera de la simple naturalidad. El mundo que se manifiesta más allá de las candilejas se nutre con la artificialidad de la invención, ese «plus» que se agrega al primer mundo ya creado, realidad justificada por el cumplimiento de la propia existencia que le va dando un sentido. Sin embargo, los protagonistas y responsables de ese mundo artificial, los hombres que van a vestir el traje de su personaje, esconden el ser de otro *personaje*, estrechamente vinculado con el ser humano que los contemplan y escuchan, desde la realidad de sus asientos.

El triángulo se completa con otro vértice artificial. El abismo alargado y penumbroso donde permanece el público, vive una experiencia extraordinaria. El espectador que participa de una representación debe abandonar su estado de habitualidad, para poder ingresar en lo excepcional que le propone el mundo de la fantasía. El centro generador es un conflicto, un *choque de voluntades*, situación que provoca la fiesta ritual que se cumple en escena, gracias a los actores de *excepción*, verdaderos maestros del *oficio*.

El teatro falsea la realidad primera de los seres y de la vida, con el fin de sumergirse y permanecer en la realidad *sin apariencias* de esos seres y de esa vida. Es una consciente irrealidad creada con la materia de la realidad, o, mejor aún, es una nueva forma de ser de la realidad.

Es por esa razón que el teatro re-presenta, vale decir, *vuelve a presentar*—como reflejada en un espejo cóncavo o convexo—la existencia con todos sus matices aparenciales; y con la energía que sostiene y ordena el devenir de esas imágenes, se va estructurando una forma expresiva hecha de realidad y fantasía, en un espacio y un tiempo inventados.

En ninguna de las manifestaciones artísticas el hombre vuelve tantas veces la mirada sobre sí mismo, como en el teatro. La acción teatral comporta una situación de narcisismo insatisfecho; la superficie

del lago donde afloran las imágenes translúcidas que incitan a crear un pasado vigente, un presente en acto o un futuro que se resuelve como intuición o conocimiento anticipados, ha ido narrando la historia del teatro. Y el lago tiene mucha agua todavía...

Pirandello llegó a la orilla con reflejos y se detuvo a escribir. Allí permaneció hasta que la muerte lo invitó a hacer un viaje; para poder seguirla tuvo que interrumpir el diálogo que sostenía con «Los gigantes de la montaña».

Detenida su vista en el lago, rasca la superficie; quiere *encontrar* al hombre, volver a él, a sí mismo, a la humanidad entera, en una actitud de narcisismo insuperable. Pero no desea estar solo, debe compartir la experiencia con sus semejantes. Entonces los reúne en la sala de un teatro para que ellos también se vean y se sientan reflejados, pero ahora en las cristalinas imágenes que él les ofrece intencionalmente.

En ese espejo que es el escenario *se ve* el espectador, protagonista original de una serie de situaciones que *devienen* en el tiempo, actor de la existencia. Gracias al hombre que existe en el espectador resulta posible la creación del personaje, ilusión conseguida para *hacerle ver* a ese ser humano que está en la sala la imagen de su propia existencia que ha quedado desnuda después del des-ocultamiento.

Es evidente que el hombre se interesa por el teatro, porque se reconoce en los fantasmas de la escena. Por eso va, para encontrarse con una imagen que a pesar de ser desconocida en lo aparente, deja traslucir un sobrentendido pre-conocimiento. De lo que no se da cuenta quizá al entregarse (sólo entregándose podrá llegar al encuentro) es de que «se metamorfosea... y participa de un mundo que no existe: un ultramundo», pensamiento acertado de Ortega y Gasset, pensador para quien el teatro es «la más extraña, la más extraordinaria aventura que al hombre acontece».

El autor es el responsable directo de esta extraña aventura. Pirandello imaginó y dio forma a muchas aventuras extraordinarias; al actor (encarnación de sus personajes) le confió la empresa más difícil: establecer una relación de compromiso entre el personaje que lo hace ser en ese momento y en ese lugar, y la persona del *otro* que lo enfrenta desde la oscuridad de la sala, atento, en suspenso.

Si «cada hombre es el individuo que es, en cuanto es una relación con todos los otros individuos», según afirma Enzo Paci, la necesidad de ser del personaje y la razón de ser del hombre-espectador se explican en aquella relación provocada por el dramaturgo.

*Ser en el otro* es una verdad a la que apunta el telos del teatro. Ser en el otro involucra una comunicación espiritual sobrentendida;